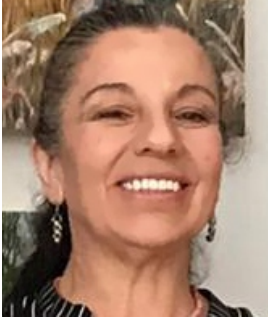


ew39

Entre el recuerdo y la esperanza (*)



Escribidora:
ROCÍO RIESCO
(Lima, 1936)

La joven forastera entró al restaurante y se dirigió al administrador.

—¿Sabe dónde alquilan habitaciones?

—Señorita, en el hotel del pueblo.

—¿Y aquí en el piso de arriba? Pregunté a la señora que estaba en el balcón, pero no me respondió.

El administrador y la mesera se miraron, la mesera iba a decir algo, pero el administrador se adelantó:

—Señorita, mi nombre es Don Evaristo, verá, aquí arriba no se alquila nada; camine dos cuadras por la calle La Esperanza y pregunte en la tercera casa, tal vez allí le quieran alquilar. Diga que va de parte mía.

—Muchas gracias Don Evaristo —Dijo la joven y se retiró por la calle de La Esperanza.

Ella hubiera preferido ese lugar, hubiese estado tan cerca de la escuela donde iba a trabajar y pensó en la señora del balcón, se veía muy triste; tal vez le gustaría tener compañía y dijo para sí: “Si no consigo habitación donde me ha dicho Don Evaristo, le insistiré de todos modos”.

Dos hermanas de edad vivían en la casita de la calle La Esperanza, como la joven estaba cansada, le ofrecieron un vaso de limonada fresca.

—Sí, tenemos una habitación desocupada. —Dijo la hermana más bajita, que llevaba una chompita guinda sobre su blusa rosa de gasa bordada.

—Pero no hemos pensado en alquilarla. —Completó con celeridad la hermana más alta, que seguía siendo bajita y llevaba un chal azul sobre su blusa gris de seda bordada.

La casa sencilla impecablemente limpia tenía como únicos adornos una maceta sobre la mesa del comedor y un cuadro del corazón de Jesús colgado en la pared.

—Tal vez les convendría alquilar.

—Dijo la forastera—. Tendrían un dinerito extra y eso siempre falta.

—Y también un problema de seguro. —Agregó la hermana menos pequeña.

—Les prometo que no les daré problemas. —Ofreció la recién llegada—. Vengo a trabajar en la escuela; es mi primer trabajo de maestra.

—Bueno, tendrás que levantarte temprano y limpiar tu misma tu habitación. —Dijo la hermana pequeña.

—Y el baño no funciona. —Agregó la más alta—. Tienes que hacerlo pasar llevando agua en el balde. Te harás cargo de su limpieza.

—¿No podemos llamar a alguien que lo arregle?

—¿Ves? Empezaron los problemas.

—Pero yo lo pagaré y luego me lo descuentan del alquiler.

—Deja Carmela, que se quede, se ve buena chica.

—Que se quede. —Aceptó Carmela y dijo entre dientes— ... Habrá problemas.

La muchacha, acomodó sus cosas en el pequeño dormitorio de paredes blancas, donde había una cama, un velador y un pequeño ropero de madera.

—¡Ah! Y no llegarás después de las nueve de la noche. —Ordenó Carmela—. Carlota y yo dormimos temprano y no te daremos llave.

—No se preocupe, señora Carmela.

—¡Señorita! —Corrigió Carmela mientras se iba rezongando—Sabía que habría problemas.

Al día siguiente, la joven maestra, se levantó temprano, tomó el café con leche y el pan con mermelada casera, que Carlota y Carmela le invitaron y partió a la escuela caminando por la calle La Esperanza hacia El Recuerdo.

Le sorprendió en la esquina de ambas calles, ver la casita del segundo piso del restaurante, tan bien cuidada. La puerta que conducía a ella, tenía un candado colocado por fuera, sin embargo la señora a quien el día anterior había visto parada en el balcón, estaba nuevamente en el mismo lugar, mirando hacia la distancia.

—Buenos días señora. —Saludó la muchacha, pero no obtuvo respuesta, la señora del balcón no se inmutó, continuó con la mirada dirigida hacia La Esperanza.

La maestra se percató de que había un cartel en blanco en el balcón. Dobló por El Recuerdo y llegó a la escuela.

¡Qué primer día! Los niños, la alegría, la inocencia...

Estaba agotada, pero feliz. Preguntó a las demás maestras por la casa del segundo piso de la esquina entre El Recuerdo y La Esperanza y se enteró de la historia de la señora de nombre Agustina.

—Su hija Valentina estudió en esta escuela. —Le dijeron— Agustina era mesera del restaurante, desde que llegó al pueblo con su hija. Nadie supo nunca del padre, porque ella no quería hablar de él.

Las maestras le contaron que Agustina trabajaba mucho y dormía en un cuarto de la casa de los antiguos dueños del restaurante, en los altos del mismo. Los señores Bustamante, estaban ya ancianos y Agustina fue de gran ayuda, siempre atenta y trabajadora, por lo que los señores le tomaron mucho cariño, considerándola como una hija. La niña que era muy alegre y educada, se convirtió en la nieta adoptiva de la solitaria pareja. Fue así que cuando se sintieron sin fuerzas para trabajar el negocio, Agustina tomó las riendas y ellos le dejaron el restaurante y la casa cuando fallecieron.

La niña Valentina, fue siempre una excelente hija, muy bien criada por su madre, estudiante destacadísima, consiguió una beca para estudiar en la capital, donde se fue para no volver. Al terminar la carrera, viajó al extranjero para hacer un post grado y allí formó su familia.

Fue desde ese momento que se le vio a Agustina salir al balcón en espera de las cartas de su hija, que le llegaban cada vez más distanciadas. Nunca perdió la esperanza de verla aparecer a Valentina por la esquina del Recuerdo y así fue envejeciendo. Perdió los ánimos de trabajar en el negocio y colocó un aviso en el balcón anunciando la venta del restaurante; letrado que nunca quiso retirar, aunque sí borró las letras cuando Don Evaristo lo compró.

Muchos trataron de usar el cartel del balcón para hacer publicidad, pero ninguna pintura se impregnaba en él y permaneció así, en blanco, anunciando nada.

—¿Por qué la señora Agustina no responde cuando le hablo? —Preguntó la forastera—. ¿No querrá alquilarme una habitación?

Las maestras se miraron entre ellas, abriendo mucho los ojos, como cuando se confirma una sospecha, o se descubre un secreto que asusta.

—La señora Agustina nunca quiso recibir a nadie en su casa.—Le respondió una de ellas y concluyó diciendo—: La casa permanece intacta hace diez años... desde que allí, paradita en el balcón, entre El Recuerdo y La Esperanza la encontró la muerte.

